

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

LA INSTRUCCION DE LA MUJER

Y

LA EDUCACION DEL HOMBRE.

(Conclusion.)

La mujer en la familia puede considerarse bajo los distintos respectos de esposa, madre, hija y hermana, y por más que de ordinario se note su influencia educadora sobre el hombre sólo en el segundo de ellos, es lo cierto que también educa al marido, al padre y al hermano. Si no se ve esto con claridad, si todo el mundo reconoce que la madre es maestra é institutriz perpétua y constante del hijo, de cuya salud corporal cuida, aplicando los preceptos de la higiene y de la medicina doméstica, y á cuyo desarrollo espiritual preside, estudiando sus disposiciones, dirigiendo su vida, enderezando su voluntad al bien y preparándolo para que sea mañana soldado valeroso en la milicia que tiene el deber por bandera; pero no se cree que algo de eso pasa con el marido, el padre y el hermano; esto es debido á que se parte del erróneo supuesto de que la educacion arguye una relacion de superior á inferior entre el que la da y el que la recibe, lo cual es una equivocacion.

No hay elemento de educacion tan poderoso como la naturaleza del medio en que se vive, y si el hogar es el más íntimo y el más permanente, si es deber de ambos esposos «hacer de la casa una atmósfera de serenidad y sagradas influencias,» si en el hogar debe haber

*all the peace which springs
from the large aggregate of little things;*

toda la paz que surge de un conjunto gran-

de de cosas pequeñas; si el matrimonio tiene como base precisa una real comunidad de vida, ¿será necesario decir que hay una corriente constante de influencia reciproca entre marido y mujer, y que insensiblemente se educan el uno al otro? ¿Será necesario decir cómo la instruccion es condicion esencial para que aquella sea bienhechora? ¡Ah! tuviérala siempre la mujer, y podría interesarse en todo cuanto al marido interesa, evitando que éste saliera del hogar para buscar fuera de él con quien compartir sus penas y sus preocupaciones; podría hacer que al vínculo de la pura pasion sucedieran otros más permanentes y duraderos; podría mantener en el seno del hogar «aquel arreglo y aquel orden que son señal de otro orden superior;» podría impedir que apareciera el enfriamiento que conduce al abandono para ir á parar en la maldad, desde la grosera y caprichosa hasta la fria y elegante. Con la instruccion, además, se desarraigaria la lamentable preocupacion que lleva á no pocos hombres á considerar á la mujer como sierva, por más que les han dicho que sea su compañera, y á mirarla de arriba abajo, considerándola inferior y en perpétua tutela (1), sin sospechar que de ella pueden

(1) «La falta de instruccion de la mujer le da una inferioridad intelectual evidente, que necesariamente redundará en su desprestigio.

»Y cuáles son las consecuencias de que sea mirada con desden por sus hijos, su marido, sus hermanos y su amante? Muchas, muy graves y muy perjudiciales.

»Señalaremos como la primera una que por ser ménos perceptible, es la que por lo comun se nota ménos, aunque sea á nuestro parecer la que perjudica más á la educacion moral del hombre.

»La accion inmoral se compone de egoismo y soberbia, es decir, de dos amores desordenados, por salir de sus justos límites el amor propio y el amor de

recibir ayuda, consejo y *educacion*, supuesto que acaso algunos maridos estiman hasta ofensivo.

En una palabra, entre un hombre culto y una mujer ignorante, es imposible la inti-

si mismo: esta es la regla con excepciones más aparentes que positivas, porque aun en aquellos que obran mal por error, es raro que no entren por mucho en la obcecacion el egoismo y la soberbia. La del hombre está favorecida y como sobreexcitada de continuo en sus relaciones con la mujer, porque considerándola inferior, la trata desde la altura de su amor propio satisfecho, que recibe así incesante pábulo, en vez del continuo freno que necesita. Y esto es tan cierto, que aun cuando su inferioridad sea grande, antes consiente en ser *dominado* que *guiado*, y ó dice que *cede por la paz*, ó es conducido disimuladamente por la voluntad de su mujer que se oculta para no humillarle. Todas estas situaciones en que su vanidad ó su orgullo se lisonjea de continuo ó se burla, son fatales para su educacion moral, porque el amor propio que no se contiene se exagera, y exagerado es grande enemigo de la virtud. Es muy comun ver mozalvetes y aun chichuelos darse importancia con su madre y sus hermanas, porque tienen algunos conocimientos de que ellas carecen, conocimientos tal vez superficiales, insignificantes, inútiles, en ocasiones perjudiciales, pero que bastan para que desdeñe á las mujeres de su casa, como seres muy inferiores á él: este gimnasio doméstico del amor propio, ha de preparar vanidades, y arrojarlas ejercitadas y potentes á las plazas y á las tribunas, á las cátedras y á las academias, y aunque no traspasaran los umbrales del hogar, allí harian cruda guerra á la moral y á la justicia.

El amor de sí mismo exagerado en el hombre, que se llama egoismo, tambien encuentra pábulo en la falta de instruccion de la mujer, que haciendo de ella una criatura inferior, prepara con el desden la opresion. Sabido es que la propension á oprimir recibe impulso de la inferioridad real ó supuesta entre el oprimido y el opresor, y la tendencia á serlo se ha de fortificar en el hombre que se considera á grande altura respecto de la mujer; cuanto más despreciada es una persona y más inferior un animal, ménos escrúpulo tiene el egoismo para oprimirlos y mortificarios: que la igualdad es compañera más inseparable de lo que muchos piensan de la fraternidad.

Este incremento que reciben la vanidad y el egoismo de la falta de instruccion de la mujer que la hace tan inferior al hombre y contribuye á perturbar el orden moral en la familia, tambien, antes de formarla, desmoraliza las relaciones entre los dos sexos. El hombre de honor que no faltaria á la palabra que dió á otro hombre, deja de cumplir sin escrúpulo la

ma comunidad de vida que es condicion esencial para el cumplimiento de los fines del matrimonio, uno de los cuales es la educacion constante y continua de cuantos forman parte del mismo hogar (1).

que dió á una mujer, y el engaño y la mentira que respecto á ella se permite, tiene su principal origen en que la considera inferior á él y no la respeta. No hay que equivocarse las idolatrías fugaces del amor, con el respeto permanente de la estimacion, sin la cual el verdadero amor, el que es moral, no existe. Es frecuente oír de un enamorado que hace *locuras* por su amada, lo cual prueba la frecuencia con que se pierde la medida de lo razonable, como no puede ménos suceder cuando la pasion impulsa á rendir culto á lo mismo que en el fondo no se aprecia. No puede haber relacion alguna moral que no esté condicionada por la justicia, y el amor no puede estarlo cuando el hombre se cree, con respecto á la mujer, con derechos que no tiene, y desconoce sus deberes fundándose en la inferioridad que resulta de la falta de instruccion.

Esta inferioridad intelectual se hace económica; la mujer carece de medios de subsistencia, de donde resultan entre los sexos relaciones más interesadas y ménos morales, en que por una pendiente irresistible va graduándose la inmoralidad hasta donde nadie ignora. De la falta de instruccion de la mujer le viene su miseria física y moral, y ya se comprende cuánto daño han de hacer á la educacion del hombre estas miserias, á cuya influencia no puede, entiéndase bien, no puede sustraerse. A medida que el nivel moral de la mujer baja, tambien el del hombre, ó por mejor decir, no hay dos niveles, no hay más que uno, que se eleva ó descende segun prevalece ó es hallada la justicia. (Observaciones de doña Concepcion Arenal, escritas á ruego del autor de este artículo.)

(1) La influencia de la instruccion de la mujer en la educacion del hombre, bajo el punto de vista de la religion, la expone la señora de Arenal de este modo:

«La mujer ignorante puede contribuir á que el hombre sea fanático, pero no á que sea religioso, y por el contrario, la ignorancia de la mujer, lejos de acercarle, le aleja de la religion. La mujer, donde hay más sentimiento, hay mayor propension á todos los amores, y por consiguiente, á ese amor á lo infinito que se llama religion, y que se convierte en supersticion y en fanatismo si la razon no le guía.

En pueblos muy atrasados, donde los dos sexos son por lo general tan ignorantes uno como otro, tratándose de piedad religiosa, la mujer va delante; y el hombre, si no la iguala, la sigue; pero cuando la instruccion viene á establecer grandes diferencias intelectuales, las prácticas devotas de la mujer indig-

Pero la mujer en la familia contribuye tambien á la educacion del padre y del hermano. A la de éste, porque el vínculo fraternal crea una especie de amistad natural é inalterable que determina una influencia continúa y bienhechora cuando de ambos lados hay pureza de intencion y discrecion para ejercerla. El hombre que tiene una hermana será siempre más respetuoso con la mujer que el que no la tenga, y será más mirado y escrupuloso en sus relaciones con el sexo femenino. Pues bien, aquí tambien la extension de este influjo dependerá en gran parte de la mayor ó menor comunidad que entre los hermanos se establezca, y ésta á su vez del mayor ó menor grado de instruccion de la mujer. Sin ella estará incapacitada para asociarse á la obra que prosiga su hermano en el mundo y para ayudar á sus padres á educarle.

Contribuye la mujer á la educacion del padre tambien, sí; el que lo dude, que atien-

nan ó hacen sonreír al hombre, la supersticion y el fanatismo le alejan del templo, y la mujer, que con su piedad ilustrada, con el impulso comunicativo que tiene todo sentimiento fuerte y elevado, debia contribuir á la educacion religiosa del hombre, contribuye á hacerle impío. Seguramente no es razonable que suceda así; el hombre (y algunos lo hacen, pero son los ménos) no debiera confundir la religion con las prácticas supersticiosas ni hacerla responsable de las faltas de los que la invocan sin comprenderla, ni suponer que el fanatismo motiva y legitima la impiedad; pero por regla general, huyendo de un extremo, en vez de pararse en medio, da en otro, y porque su mujer cree en cosas que á su juicio son absurdas, él blasfema de Dios. Que tal proceder no es razonable, está fuera de duda; que es muy general, tampoco la tiene; la supersticion de la mujer contribuye á la impiedad del hombre, la impiedad del hombre contribuye á la supersticion de la mujer; el uno se rie ó se irrita de ciertas prácticas; la otra se horripila de ciertas negaciones, y *religion* que segun su espíritu, y hasta segun su etimología, es *ligar, unir fuertemente*, por el desnivel intelectual que hay entre los sexos, viene á ser *separar*, y los aleja tanto, que esta es una de las causas más poderosas de los males que afligen á entrambos. La educacion religiosa del hombre deberia ser en gran parte obra de la mujer, y tan lejos de ser así, ni áun lo es la del niño, porque desde muy temprano empieza á reírse de la devocion de su madre, y tiene las prácticas piadosas por *cosas de mujeres*. Nos parece, pues, que mientras la mujer no se illustre, lejos de ser un auxiliar, será un obstáculo á la educacion religiosa del hombre.

da y observe los casos frecuentes en que el hombre se detiene en la pendiente del crimen sin más que poner los ojos en su hija, la frecuencia con que el amor á ésta sustituye á otros sentimientos dormidos, procurando así al hogar la paz que sin eso no existiria, la trascendencia, en fin, que todos atribuimos al hecho de que un matrimonio tenga ó no descendencia. Pues si esto es así, calcúlese cuán diferente influjo puede ejercer la hija en la educacion del padre, segun que los una y los acerque el vínculo de la cultura, ó que los separe y aparte el abismo de la ignorancia. El padre siempre es padre, es verdad; pero la hija es para él algo más que un objeto que ayuda á satisfacer su necesidad de amar, cuando la ve asociada á cuanto á él interesa, y cuando sabe que puede ser tambien su juez, mudo y silencioso, cierto, pero por lo mismo más severo y más temible. Y basta por lo que toca á la influencia de la mujer en la educacion del hombre dentro de la familia, y consiguiente importancia de la instruccion á este fin; que en este punto la afirmacion que encierra el tema no será negada por nadie, aunque no todos estimen de igual modo su trascendencia.

¿Puede decirse lo mismo cuando se trata de lo que en este respecto puede hacer la mujer en sociedad? Quizás no; porque de que aquélla tiene su sitio propio en el seno del hogar, y es verdad, se deduce ligeramente que nada le toca llevar á cabo fuera de la familia. Veamos si es esto exacto.

Bajo dos aspectos debe considerarse el problema: primero, bajo el punto de vista del influjo directo de la mujer mediante el ejercicio de ciertas funciones en que toma parte; y segundo, bajo el del influjo indirecto que ejerce por virtud del trato y comunicacion social.

Es bien sabido que en todos los pueblos cultos hay numerosas asociaciones de señoras, que tienen por fin de su instituto obras de beneficencia, de ensenanza, etcétera; todas las cuales piden de parte de las asociadas conocimiento de lo que intentan llevar á cabo y arte para realizarlo. Que la instruccion es necesaria, cuando ella misma es el fin de la asociacion, nadie lo pondrá en duda; pero no lo es ménos en las demás. Tómese como ejemplo las que tienen un carácter benéfico, y vereis como hay, al lado de los que son pobres, porque están privados de riqueza, otros que lo son, porque están privados de afectos, al lado de los enfermos de cuerpo los enfermos de espiri-

tu; y, por tanto, que si á los unos se les remedia con limosnas ó se les cura con medicinas, los otros han menester de consuelos y de direccion; y de todos modos, que si para resolver el problema en unos casos son necesarias las enseñanzas de la Higiene ó de la Economía, en otros son precisas las de Psicología y la Moral. Permítaseme citar en apoyo de esta afirmacion un librito, cuyo pequeño volúmen forma singular contraste con lo valioso de su contenido, y que ha merecido la singular honra de haber sido traducido á cinco lenguas extranjeras: *El Manual del visitador del pobre* (1).

Pero no porque sea ménos visible, es ménos cierto el influjo de la mujer en la educacion del hombre bajo el otro punto de vista. Hay en la comunicacion social una serie de relaciones, cuyo grado de intimidad va ascendiendo desde el trato accidental y pasajero entre conocidos y extraños, hasta el constante y continuo que engendran el parentesco y la amistad; y en la misma proporcion crece y aumenta el influjo recíproco entre las personas relacionadas. El que tiene lugar entre parientes, participa en algun modo del que hemos examinado respecto de la familia íntima, en razon de la solidaridad que se establece entre quienes descienden de un tronco comun, rinden culto á las mismas tradiciones domésticas y estiman como propio el honor de los suyos. El que se origina en la amistad, en este dulce sentimiento, fuente de tantos y tan puros goces, cuyo poder misterioso llega á suplir, hasta donde es posible, la falta de otras afecciones, es tan indiscutible, que alcanza la categoría de un axioma vulgar, y ha recibido expresion en varios adagios y refranes. Pero además de la amistad, de la que realmente merece este nombre, se dan entre los que viven en sociedad relaciones ménos íntimas, pero que no por eso dejan de ser tambien ocasion á ese influjo recíproco y educador, como las que se engendran en tertulias, asociaciones, círculos científicos, literarios y de recreo, etc., etc.

Ahora bien: que el hombre es influido, ya en bien, ya en mal, por parientes, amigos, compañeros, contertulios, colegas, cor-religionarios, etc., nadie lo desconoce; pero no parece á muchos tan claro que lo sea por la mujer fuera del seno del hogar, y sin embargo, á nuestro juicio lo es tanto en un ca-

so como en el otro. No hay hombre alguno que se sustraiga por completo á esta influencia; el que por su mala suerte se ve solo en el mundo, y el que lo está por practicar aquella grosera máxima: «el buey suelto bien se lame,» el hombre ogro y adusto que huye y evita el trato social con el sexo femenino, y todos esos infelices que, por no tener esposa, ni madre, ni hija, ni hermana, ni amiga, ni amante, se creen extraños á ese influjo, están experimentando el de la ama de llaves ó de la patrona de huéspedes, si son honrados, que si no lo son, están sometidos probablemente á otro de distinto género, y bien dañino por cierto.

Contribuyen á este error dos circunstancias: una, la pretension del hombre que le lleva á creerse superior de hecho y siempre á la mujer, y á partir, como de un supuesto llano, de que ésta es incapaz de igualarle á él en cultura; y otra, la existencia real, en la actualidad, de ese desnivel, efecto de la escasa instruccion que la mujer recibe en nuestra patria. De estas dos causas, la segunda es exacta y la primera inexacta; y por eso importa desvanecer la una y hacer que desaparezca la otra, siendo de notar que la verdadera es ocasion de que se crea cierta la falsa.

En efecto, en lo que yerran los que abrigan aquella presuncion, es en suponer que la mujer, por no haber cursado en el Instituto ni en la Universidad como el varon, nada sabe ni puede saber; porque olvidan que no se aprende sólo en los establecimientos docentes, sino además con la conversacion y el trato social, mucho más cuando la mujer tiene, como sucede á la española, una intuicion poderosa, una penetracion viva, que le permite apoderarse en un momento de verdades que á otros cuestan largos esfuerzos. En este punto es frecuente equivocarse de un modo análogo con las mujeres y los niños. Respecto de éstos, á los padres y á los extraños les cuesta mucho trabajo reconocer que comienzan á ser hombres, y olvidando lo que ellos han sido, siguen suponiendo, por un tiempo excesivamente largo, que no entienden de nada que sea fornal, y siguen creyendo imposible la comunicacion con ellos fuera de los límites, por demás estrechos, propios de los primeros años. Pues una cosa parecida acontece con la mujer: de que no se instruye como el hombre, se deduce que ya está incapacitada para siempre de entenderse y comunicarse con él, así que aquello de: *esas*

(1) De doña Concepcion Arenal.

no son cosas de mujeres, se aplica á tantas, que vendria á quedar reducido el número de asuntos que son de su competencia á los chismes, las tonterías, las frivolidades, las modas, los amoríos y noviazgos, en su parte más exterior y pintoresca, y el tiempo, tema secundo que puede tratarse sin haber profundizado los arcanos de la Meteorología; cuando la verdad es que con frecuencia el varon, que presume de culto porque tiene un título científico, es un ignorante, pese á la verdad oficial, y la mujer, que no ha concurrido á las aulas, ha aprendido mucho en el trato y comunicacion social dentro del hogar y fuera de él.

Pero si en esto son injustos los hombres, no lo son cuando hacen un cargo á la sociedad, cuyas responsabilidades á nosotros, los varones, toca compartir en primer término, porque descuida de un modo tan lamentable la instruccion de la mujer, y atribuyen á esta circunstancia el alejamiento ó falta de comunidad íntima en que viven uno y otro sexo, en cuanto esa deficiencia de cultura viene á hacer esta difícil, y en ocasiones, imposible. Hé aquí para lo que hay necesidad de que la mujer sea, no sábia, que esto lo será sólo por excepcion, pero sí culta; no se trata de que sea doctora en ciencias naturales, morales y políticas, sino de que sepa de todas ellas lo bastante para que no tenga que condenarse al mutismo y á oír palabras y no ideas cuando se habla de una máquina, un pozo artesiano una planta, un poema, un drama, una industria, una crisis política, una guerra internacional, un problema social ó un hecho importante de la historia. Con esta instruccion se facilita esa comunidad de ideas y sentimientos, se hace agradable el trato social, se posibilita la formacion de vínculos de íntima amistad entre individuos de uno y otro sexo, hoy por desgracia harto raros y excepcionales, y con todo esto viene, como consecuencia, la importante y bienhechora influencia de la mujer en la educacion del hombre (1). Hoy, por falta de ella, recogemos muy mermados esos frutos; y, sin embargo, apelamos al testimonio de cuantos

frecuentan el trato de las mujeres discretas, severas y medianamente cultas, para que digan si consideran tiempo perdido el que emplean en cultivarlo, si no han aprendido á su lado cosas que en las aulas no les habian enseñado, si no se ha hecho su inteligencia más viva, y sobre todo, su sentimiento más delicado y su voluntad más recta.

En resumen, la cuestion se reduce á saber si la mujer ignorante es más perfecta que la instruida, y como no puede ofrecer duda la respuesta, y de otro lado, es tambien evidente que la mujer influye en la educacion del hombre, por eso hemos podido afirmar que la instruccion es una poderosa palanca que capacita á aquélla para cumplir su mision en la vida; que la instruccion es condicion esencial para la maestra, la profesora y la institutriz, porque enseñar es la funcion que constituye su ministerio; es necesaria para la mujer en la familia, porque educar al hijo, al marido, al hermano y al mismo padre, es parte de su santa obra en el seno del hogar; y que lo es á la mujer en sociedad, porque sólo así dará abundantes frutos para ella y para el varon el poder educador de la conversacion, del trato social y de la amistad.

Convenzánsese todos de que la instruccion es un arma poderosa y legítima que estamos obligados á poner en manos de la mujer para que ejerza en la vida individual y social un benéfico influjo; y que sin ella, por el contrario, ésto será escaso, á veces perjudicial ó difícil, y en ocasiones dolorosa para ella la imposibilidad de ejercerlo. Y para que haya algo bueno en este artículo, permitásenos terminarlo trascibiendo algunos renglones escritos por una señora á quien hemos aludido más de una vez:

«La influencia, dice, que en la educacion del hombre ejerce la mujer en el seno de la familia, en todas las familias, y aún en los que no la tienen, ha de dar, sumada, la que su instruccion ó su ignorancia ha de ejercer en la sociedad. Pero además tiene otra y muy poderosa, porque despues de modificar las partes, viene á influir directamente en el todo. La sociedad influye gran-

(1) «Aun concediendo que la mujer no pueda ser nunca maestra del hombre en la esfera intelectual, no puede desconocerse que su ignorancia contribuye poderosamente á la de él; que si no enseñarle, podría juzgarle, y que si los ignorantes hicieran mal papel para con las mujeres, si los despreciasen y pospusie-

ran á los hombres instruidos, el deseo de agradarlas, el temor de ser desdeñado, seria una razon más y poderosa para cultivar las facultades intelectuales, y lo mismo que acicalan la persona, procurarían adornar el espíritu.»

demente en la educacion del hombre, es el medio en que vive, y que le da facilidades ó le opone obstáculos para el bienestar material, la práctica de la virtud y la investigacion de la verdad. La atmósfera social rodea al hombre, no puede sustraerse á ella, ¿y en cuál de sus capas no se deja sentir la accion poderosa de la mujer? La perversion babilónica, ó las costumbres severas; el lujo desenfrenado, ó la razonable modestia; el despilfarro imprevisor, ó la prudente economía; la abnegacion generosa, ó el cálculo sórdido; la elevacion del carácter, ó el rebajamiento vil; el aguijon que espolea las pasiones, ó el freno que las contiene; los estímulos para obrar bien, ó para obrar mal; el aplauso á lo que es digno de censura ó de alabanza; el ejemplo que despierta ó aletarga la conciencia; el amor que purifica ó mancha; la mano que enjuga lágrimas ó derrama sangre; todas las leyes, todas las instituciones sociales ¿no son influidas por la mujer, según que es digna ó degradada, criminal ó virtuosa, instruida ó ignorante? Inscrita en el registro ignominioso ú ocupando el trono; cooperadora inconsciente de malas obras, ó maestra ilustrada que contribuye al bien; hermana de la caridad ó penada por la ley, el hombre la encuentra siempre para su beneficio ó para su daño, y en el gran elemento educador que se llama sociedad, la mujer instruida ó ignorante debe representar un papel muy principal, y no se sustrae á su influencia, ni el artista, ni el legislador, ni el comerciante, ni el juez, ni el poeta, ni el filósofo, ni el sacerdote, ni el soldado.

G. DE AZCÁRATE.

LA MADRE. (1)

¡Para descansar, el seno de una madre; su dulce mirada para guiarnos y su ternura para instruirnos!
(ALIX MARTIN.)

Diffícilmente podria hablaros, lectoras ó lectores, de un sér más grato á vuestro corazón, bien lo sé; pero tened en cuenta que si hoy me propongo cantar las excelencias de la que por tantos títulos debe ser el obje-

(1). Este artículo fué leído por el autor en el Ateneo de señoras.

to preferente de nuestros pensamientos, guíame sólo el deseo de que conozcais una vez más cuán mercedora es de vuestra consideracion, de vuestro respeto, de vuestro cariño. Ciertó que una fuerza irresistible nos atrae hácia ella sin cesar, ora nos embriague el placer, ora nos avasalle profunda pena; pero esto es obra, en gran parte, de nuestros impulsos espontáneos, y es justo y necesario que además obremos por un deber de conciencia.

Asunto es este para el mejor de los poemas; pero habreis de contentaros con un ligero conjunto de ideas manifestadas en mala prosa; que no de otro modo le es permitido hacerlo al que carece por completo de fantasía por un lado, y del arte de bien decir por otro.

¡Madre! Voz amorosa, bendita, que hiere nuestros oídos con la suavidad y dulzura de un coro celestial; síntesis de cuanto sobre la tierra existe de más puro, de más generoso y desinteresado. Es la primera palabra que articulan nuestros labios y que repetimos constantemente en nuestras alegrías y en nuestras aficciones; como que el Sumo Hacedor ha ordenado en su infinita sabiduría, que el recuerdo de nuestra madre venga á mitigar nuestros sinsabores y á hacer más puras é intensas nuestras legítimas alegrías.

Apenas siente los primeros síntomas precursores de la maternidad, su vida se trasforma radicalmente. Reconcéntrase, olvida todos los placeres del mundo para gustar sólo el inesfable del cambio experimentado en su sér; y si el ruboroso carmin colorá alguna vez sus mejillas, ¡admirad! es el pudor de la satisfaccion interior que la conmueve.

Pues contempladla ahora estrechando á su pequesuelo entre los brazos. Aquellos brazos le cijen impulsados por la locura de un amor infinito, le oprimen fuertemente, pero sin lastimarle, porque el brazo de una madre se siente, conmueve, pero no lastima. No hay poder en la tierra que de sus brazos se le arranque. Inténtelo cualquiera, y desplegará la fiera de la leona al verse con semejante intencion acometida.

Contéplale horas enteras embobecida, extasiada, fingiendo gracias innumerables que la criatura no ha podido aún manifestar.

Si por uno de esos movimientos involuntarios, el hijo de sus entrañas junta los labios mucho ántes de que pueda pronunciar distintamente una palabra, ya cree oír

una y otra vez su nombre, y entónces el cariño maternal se exalta elevándose á un grado prodigioso.

Preséntale á todos como un modelo de hermosura, de robustez sin temor de parecer impertinente, porque para ella es la cosa más natural del mundo que todos crean una verdad incontestable lo que muchas veces no pasa de una exageracion del maternal cariño. Y ¡ay del que se atreva á negar, y mucho ménos á establecer comparaciones irritantes! Caerá en su profundo desprecio, será objeto de sus diatribas y buscará y rebuscará faltas con que ridiculizarle.

Si la belleza está en todo lo que es puro y desinteresado, nada más bello que el amor de madre, que es puro y desinteresado como el amor de Dios á sus criaturas. Este amor la idealiza, la hace superior al hombre en la esfera de la abnegacion y del sufrimiento sin límites.

¿Puede concebirse algo más puro que el beso de una madre? No lo es más el arrullo de la amante tórtola á sus polluelos, ni el ósculo con que las brisas matinales saludan al capullo entreabierto de la rosa. Es la primera y más expresiva caricia de la madre, más sonoro y armonioso que el trino de las aves al saludar los albores del nuevo día.

Impulsada siempre por su amor inagotable, la madre no perdona trabajo ni penalidad que pueda contribuir al bienestar de su pequeñuelo: en todo ve peligros inminentes, y no la satisface sino lo que ella misma piensa, prepara y ejecuta. Y, sin embargo, á la par de estas ideas, que la entristecen y martirizan, su pensamiento, ó tal vez su deseo, rasgando el velo de los futuros tiempos, figúrasele á los veinte años un héroe legendario de la Edad Media, uno de esos hombres cuyos hechos bastan á caracterizar todo un siglo histórico.

Poro cuando este amor se presenta en toda su fuerza é intonsidad y en sus más expresivas manifestaciones, es en el caso de que una dolencia cualquiera postra á su hijo en el lecho del dolor. ¡Oh! entónces nada existe para ella como no sea la ansiedad infinita, la duda desgarradora producida por los dolores que atormentan al pedazo de su alma, á quien contempla ávida de alguna mirada, de una sonrisa que calme su anhelosa situacion. Fija la vista, reconcentrado su espíritu en el enfermo, cuanto ocurre en derredor es completamente ignorado para ella.

Dícese que el semblante es el espejo del

alma: nada más exacto tratándose de una madre. En su semblante se reflejan instantáneamente todos los cambios reales ó ficticios que su hijo experimenta. Si la salud es el patrimonio del niño, ha de conocerse en la faz risueña de la madre; si, por cualquier motivo, con razon ó sin ella, el niño es elogiado, el semblante de la madre revela una satisfaccion indecible, y su carácter, reservado y taciturno en los casos adversos, se hace comunicativo y complaciente, como deseando que su felicidad se extienda á cuantos lo rodean. En tales momentos deja la madre de ser egoísta para convertirse en la más generosa de las mujeres.

La razon de todo esto es que la madre es el único sér capaz de sufrir las mayores privaciones, hasta el más atroz martirio que le hiciera derramar gota á gota su sangre por proporcionarnos un solo instante de felicidad; es que su sér es nuestro sér, y todos nuestros dolores los padece ella hasta el heroísmo, y nuestras alegrías la colman de un bienestar inefable. El más ligero contratiempo nuestro, es un trastorno mortal para ella; ella es toda para nosotros, y en cambio, en la más insignificante de nuestras caricias y, sobre todo, en el ménos importante de nuestros legítimos triunfos, halla tan grande recompensa, que llega hasta olvidar toda una vida de acerbos sinsabores.

Hemos delineado á la madre considerando influida por sus propios y naturales recursos, fuerzas con las cuales la ha dotado espléndidamente la Providencia como necesarias al cumplimiento ineludible de su sagrada mision en la tierra. Si cuidáramos de perfeccionar estos medios en beneficio de la humanidad entera, por el siempre eficaz y necesario de la educacion armónica y reflexiva, ¿podríamos concebir un sér más respetable, digno y elevado que una madre cuidando del hogar doméstico y de los hijos con plena conciencia de sus funciones maternales?

J. M. PONTRE.

DEL AFECTO EN LA EDUCACION. (1)

I.

PODER DEL AFECTO.

Muchas veces he oído decir que había niños de tal modo imperfectos, que se podía preguntar si no hubiera sido mejor para ellos no haber nacido.

¿No será temerario este juicio?

Escuchad, y no olvidéis una cosa propia para sostener el ánimo contra todas las dificultades:

No hay ningún niño, por muy endurecido que sea, que no se deje llevar del afecto que se le demuestra, cuando una vez se ha sabido hacerle hallar encanto en este afecto.

No hay un ser amante que no desee hacer aquello de que gusta el ser amado, á fin de serle agradable.

Y no hay, pues, un ser amado que no pueda modificar el carácter de aquel que le ama, destruir en él las malas inclinaciones, y excitarle loables deseos, fundar convicciones en su corazón y vivificar su inteligencia.

Hé aquí el secreto de los buenos educadores, la verdadera fuerza moral que mejor que las leyes, mejor que las ciencias, mejor que las especulaciones de todos los siglos, podrá civilizar y pacificar al mundo.

II.

MEDIO DE HACERSE AMAR.

Pero para que los niños os amen, amadlos vosotros á ellos. Amadlos, no desde las alturas del punto de vista filantrópico, porque así os quedareis á mucha distancia de ellos; amad á todos los niños del globo si tenéis bastante grande el alma; pero amad por encima de todo y en particular á cada uno de aquellos que están al abrigo de vuestros cuidados. No admitáis más que un cierto número de ellos, en relación con vuestras fuerzas, cuyo aumento no depende de vosotros; y á esos pocos niños amadlos mucho, á su manera, para que comprendan que les amáis del mismo modo que os valeis de sus expresiones para que entiendan lo que les decís. Nada de afección abstracta, pero sí mucho de afecto práctico. Los niños no

(1) La aplicación que tiene este bello trabajo de la ilustre inspectora de las salas de asilo y directora del curso práctico de las mismas en Francia (perdida hace poco para la causa de la educación, por la que tan notable y brillantemente trabajara) para las madres de familia, las institutrices y las maestras, nos ha movido á darle cabida en las columnas de la INSTRUCCION PARA LA MUJER, seguros de que vuestras suscriptoras habrán de estimarlo en lo que vale, y tal vez nos animen á reproducir otros trabajos de igual índole debidos á la misma autora.—(N. del T.)

ven más allá del presente, y de ningún modo pueden concebir cómo un maestro severo, que nada dispensa, que corrige rudamente, obre así por el interés de sus discípulos y para el mayor bien de éstos. Haced, por el contrario, que la amistad que les ofrezcáis y el bien que les procureis sean evidentes para que sus jóvenes corazones os devuelvan afecto por afecto.

Así es como el educador celoso de cumplir sus deberes, deseoso de obtener buenos resultados en beneficio de sus alumnos y de satisfacción íntima para sí propio, se ejercita con celo en amar á los niños. Que beba en este amor sus inspiraciones y su paciencia; que no busque nada fuera de esto, á no ser en Dios, porque para el maestro y para los niños todo está ahí y nada hay fuera de ello (1).

A la afección es preciso unir la *justicia*.

Diferiendo los niños unos de otros, el trato que sea conveniente para uno, puede no convenir á otro; pero lo que conviene á todos indistintamente es la justicia y la afección. Separadas estas dos virtudes del educador, pueden ser la una demasiado severa, y abusiva la otra; pero unidas, el afecto atempera la justicia, y la justicia reguariza el afecto. La conducta del maestro debe, pues, arreglarse según este principio, del cual debe ser sólo una aplicación bajo todas las formas.

III.

DIFICULTADES DE LA POSICION DEL EDUCADOR RESPECTO DE SUS DISCIPULOS.

Observada bajo cierto punto de vista la posición de un maestro respecto de sus discípulos, es de completa oposición, de lucha, y aun casi diría de enemiga. Su misión es combatir en ellos todo lo que es malo, y favorecer únicamente lo que es bueno; pero como las malas inspiraciones se muestran con frecuencia muy numerosas, síguese que el profesor pone trabas á los deseos de los niños en la mayoría de las circunstancias. ¡Cuánto arte, ó más bien, qué inmenso fondo de ternura y de amor no le es necesario para impedir que sus alumnos le detesten y sacudan su yugo, y para evitar que sus inteligencias se apoquen por el temor, que su corazón se consuma por el odio, que su conciencia se corrompa por la osadía, ó se deprave por el endurecimiento!

Y si el maestro no posee el amor de los niños, ¿dónde buscará el secreto de esa penetración que son-

(1) Se cuenta del bueno y modesto Juan Oberlin, pastor en Ban-de la Roche, que cierto día un maestro de escuela de los alrededores, fué á preguntarle qué hacía para conseguir de sus alumnos todo lo que deseaba, mientras que él no obtenía nada de los suyos, no obstante que los castigaba por las menores faltas. «Es, á lo que parece—respondió Oberlin—porque yo los trato de una manera completamente opuesta. Y en efecto, su manera era todo paciencia y todo afección.

dea el fondo de los corazones, y que no se equivoca nunca; de esos mil recursos súbitos, de esas mil maneras imprevistas con que puede aplicar su influencia, que constituyen toda su autoridad? Y si el ejercicio de su ministerio no le hace cada día mejor que era la víspera, ¿qué hará para evitar convertirse en malo? No hay término medio entre estos dos extremos: si vuestra dirección es buena, obtendréis resultados saludables y fructuosos; si vuestra dirección es mala, todo se empeorará; los discípulos por la opresión del maestro, y éste por la insubordinación de los discípulos. ¡Y qué triste espectáculo ofrecen las continuas reacciones de tan deplorable estado de cosas! Débil el niño, comete una falta; y si el maestro es implacable le miente para evitar la corrección. Pero la primera vez se miente torpemente, por lo que el maestro lo nota, y en vez de una falta castiga dos; lo cual viene á justificar la primera impresión del niño, y lo sirve de advertencia para mentir mejor en otra ocasión: rara vez falta éste funesto resultado. Un maestro que nunca perdona, tiene casi siempre motivo para castigar; castiga sin discernimiento porque su corazón no le ilumina: los castigos se gastan, y la sensibilidad se embota; los niños se endurecen, y el maestro se llena de acritud. El odio y el disgusto por el trabajo penetran en el corazón de los discípulos; la cólera y el deseo de la venganza nacen del amor propio herido del maestro; y desde entónces todo está ya perdido. ¿Qué digo? Todo estaba perdido desde el primer día, desde la primera hora; porque cuando se ha entrado en un mal camino, si el último paso es el que nos hace dar en la catástrofe, el primero es el que á ella nos conduce.

El maestro no tiene entónces más que dos partidos que seguir: si no reconoce la causa de los deplorables efectos que obtiene, preciso es que renuncie á la enseñanza, porque llevará consigo por todas partes el mismo desórden; si reconocen esa causa (y esto anunciará juicio y buena fé) debe cambiar de sistema; y esto no bastará todavía, sino que tendrá necesidad de cambiar de discípulos, porque los agravios antiguos no se olvidan á voluntad. La estimación perdida no se reconquista mediante un nuevo programa, y las impresiones de ese género permanecen grabadas en la memoria de los niños tanto, por lo ménos, como en la de los hombres.

IV.

DE LA INDULGENCIA Y DE LOS CASTIGOS.

De ningún modo diría yo ahora que se debe temer el exceso de indulgencia. El sentimiento que realmente lleva el nombre de indulgencia es una cosa tan buena, que es quizás la única cosa de este mundo cuyo exceso no sea dañoso. Pero frecuentemente, y por error, se llama indulgencia á la debilidad que te-

me tratar con rigor; á la indiferencia que no se apesadumbra, y á la incapacidad disfrazada que no sabe nunca cómo debe conducirse. Nada de esto es la indulgencia. La indulgencia procede de la sagacidad del corazón; es perspicaz y animosa; no teme ni vacila; no descuida nada; pregunta las intenciones que constituyen la culpabilidad, y no los resultados que dependen de extrañas circunstancias. No seas nunca ni débiles, ni indiferentes, ni incapaces, si esto se puede; pero sed indulgentes, tratad de serlo á menudo y ¿por qué castigar, y castigar sin cesar? El castigo hace al niño desdichado ó le deja indiferente: si queda indiferente, ¿qué se habrá conseguido? Si se aflige... ¡Ah! ¿creéis que el disgusto nos hace mejores? El enfado amarga el corazón y le roba la confianza; nos presenta hostil y amenazante todo lo que nos rodea: del sufrimiento moral en los primeros días del mundo ha debido nacer el odio, esa enfermedad del alma, la más horrible de todas! ¡Y despues, se parece algunas veces el castigo tanto á un movimiento de venganza!... ¿Y no sería fundado creer que participa de ésta, al ménos en ciertos casos, cuando, por ejemplo, despues de haber castigado el maestro con empeño y violencia un acto que personalmente le afectaba, se presenta á los ojos de los discípulos, dándose, por su aire y por sus palabras, la deplorable satisfacción de una triste represalia?

Un maestro de los más aptos y mejor intencionados me decía una vez: «Los castigos, como en general se entienden, no desarrollan más que el temor y la astucia; pero es un recurso al cual creo que alguna vez puede recurrirse. Por lo que á mí respecta, no lo empleo más que como el veneno en medicina, y aun así es ménos por corregir á los niños que por disimular mis propios defectos.» ¡Qué confesion! y ¡cuántos maestros pudieran hacérsela á sí propios si quisieran examinar sinceramente los móviles secretos de su conducta!

V.

DIFERENCIA ENTRE EL CASTIGO Y LA REPRESION:
UTILIDAD DE ÉSTA.

En principio, la corrección ó el tratamiento que exige toda falta cometida, puede considerarse bajo dos diferentes aspectos, es decir, como castigo y como represion.

El castigo es la satisfacción á una justicia absoluta que, independientemente, de los resultados, quiere que todo culpable sea tratado segun la magnitud de la falta, abstracción hecha de la misericordia divina, que tan frecuentemente perdona.

La represion es el dique que se opone á la invasion ó al aumento del mal, para evitar sus progresos.

Á la edad de cuatro años, que es por término medio la edad de nuestros discípulos, iba yo á la escuela

de una anciana y digna señora que vigilaba á los niños y nos enseñaba á leer. Sucedió un día que una niña, á quien yo amaba entrañablemente, me tiró pellizcos en la mano hasta el punto de dejarme en ella marcadas las uñas. Esta mala obra sin causa, y sobre todo, esta ingratitud para conmigo, me exasperó tanto, que impulsada por una viva indignación, di un golpe con la mano sobre el rostro de la muchacha. Le alcancé en la nariz, de la cual brotó sangre!... Al verla, mi indignación se cambió en un horrible remordimiento. Pero la maestra, empleando el método usual, me castigó, y de qué manera?... cubriéndome con el vestido de la penitencia, comun castigo de todas las faltas! Ahora bien, pregunto: ¿que relacion habia entre este tratamiento y la falta por mí cometida? ¿Qué mal remediaba? ¿Qué mal prevenia? Ninguno. Pero yo habia hecho sufrir y era necesario que yo sufriera: hé aquí el castigo.

Sin embargo, como no tenemos el talento de leer distintamente lo que pasa en los corazones, no tenemos tampoco el de castigar con justicia á los culpables, y debe acontecer con frecuencia lo que sucedió esta vez: castigo injusto é inútil. Injusto, porque la desesperación que yo experimenté á la vista de la sangre que habia hecho correr era tal, que me hacía más bien digna de compasión, puesto que hasta fiebre padecí durante el día. Inútil, porque el arrepentimiento me dominó hasta el punto de hacerme insensible para todo lo demás.

Dejemos el castigo á Dios: él solo sondea los corazones; él solo es bastante santo y bastante infalible para pagar á cada uno equitativamente segun el valor de sus obras. En cuanto á la represión, está al alcance de nuestras débiles luces, y tenemos, no ya el derecho, sino hasta la mision de emplearla, porque todos tenemos el legítimo derecho de ponernos á cubierto de los malos y de preservarnos de sus ataques.

Consiste el arte de la represión en hacer recaer la falta sobre el que la ha cometido, haciendo pesar sobre él solo, en cuanto sea posible, todos los inconvenientes. Tanto peor si estos son graves; la lección tendrá más fuerza. Aplicada la represión de una manera inteligente, es uno de los medios más activos y más infalibles de educación, lo cual se comprende fácilmente, puesto que ella hace que el resultado final de nuestros actos redunde sobre nosotros mismos. Una de las mayores faltas que puede cometer un maestro es ver y tolerar una mala acción. Que cierre los ojos si no se siente capaz de obrar, ó que haga de manera que siempre la acción mala traiga en pos de sí naturalmente una consecuencia mala para el niño que la haya cometido. Por ejemplo, si á la señal de levantarse, un niño terco permanece sentado, que le invite á continuar en su sitio y lleve á los demás á una lección que termine en un verdadero rato de distracción. Si por vivacidad natural ó por aturdimiento, un niño se muestra mal vecino, que el maestro le ha-

ga comprender el daño que causa á sus compañeros colocados cerca de él; que lo aparte de ellos en su consecuencia, y que lo deje solo en un rincon, donde el niño no tardará en aburrirse, pero donde aún le dejará algun tiempo para que aprecie los inconvenientes de su conducta.

Se comprende que segun este sistema, las represiones no resultan del capricho ó de la voluntad del maestro, sino que dimanán, como consecuencia precisa, de la falta del niño, y por lo tanto, no provocan murmuraciones, ni rencor, ni odio, ni ninguna de esas funestas reacciones, frutos inevitables de los castigos comunes ó arbitrarios.

VI.

CAUSAS DEL VERDADERO ARREPENTIMIENTO
EN LOS NIÑOS.

Algunas veces, cuando habeis puesto de rodillas á un niño y lo veis desbacerse en lágrimas, os decís: es bueno; ya está corregido. ¡Pero no! Lloraba por sentirse herido en su orgullo, ó lo que es peor, de compasión de sí mismo; y desde el momento en que se considera oprinido, qué nombre dará á su opresor! Yo sé tanto como cualquiera, lo injusta que es la pasión en el niño como en el adulto; pero por lo mismo no debeis obrar, ni mientras dure la del discípulo, ni mientras la tengais vosotros.

Otro día, el niño puesto aparte y que ha permanecido tan impasible como si no pensara más que en él solo, concluye por sentir profundo dolor y por derramar lágrimas de verdadero arrepentimiento. Este feliz cambio, ¿no se ha operado por una palabra casual ó dicha de propósito, que haya recordado al niño inmediatamente el pensamiento de su madre?

Valemos tanto como anaños.

«La moralidad del niño—ha dicho una mujer de gran corazón y elevada inteligencia—es una moralidad de simpatía: el bien es para él agradar á los que ama; el mal ser censurado por ellos (1).» Y si vuestro hijo ama á su madre, si llora, no es por él, pequeño estóico que sabe arrostrar vuestros castigos; es por su madre, cuyo corazón se destrozaria al saber que su hijo se habia hecho culpable... Se siente afectado y se arrepiente con amargura: ¡ah! creedlo; ¡entonces solamente es cuando lo veis corregido!

Y puesto que habeis visto que el amor de su madre ha producido todo ese bien, ¿no habeis adivinado el resorte de vuestro poder, el secreto de vuestro arte, no os habeis ya dicho: es preciso que mis discípulos me amen?

MARIA PAPE-CARPANTIER.

Por la traducción: P. DE A. G.

(1) *Madame Necker de Saussure*

GRECIA.

ORÁCULOS. — JUEGOS.

Un fenómeno característico que encontramos continuamente en la historia griega es su ansiedad de penetrar en lo futuro, y su repugnancia á entrar en ningun asunto sin asegurarse de que los dioses les eran propicios. La voluntad divina se suponía que era anunciada por visiones, por sueños y por varios pronósticos ó signos, como los truenos, rayos, eclipses, el vuelo de los pájaros, etc.; pero principalmente por medio de oráculos. El más antiguo de éstos era el de Dédona, en el Episo, donde se suponía que Júpiter manifestaba su voluntad por medio del rumor que producía el viento en los árboles. Para hacer ese ruido más inteligible se suspendían de los árboles vasijas de bronce que chocaban unas con otras, impelidas por el aire, y estos sonidos eran interpretados por mujeres ancianas que tenían ese cargo. Ese oráculo fué más tarde casi eclipsado por el de Delfos, situado en el monte Parnaso.

Un vapor especial brotaba de una boca ó caverna, sobre la cual la sacerdotisa se sentaba en un trípode cuando el oráculo era consultado. Las palabras que ella pronunciaba en tal situación se creían revelaciones de Apolo. Este oráculo disfrutó durante algun tiempo de gran influencia política, y llegó á adquirir extraordinarias riquezas á consecuencia de las numerosas ofrendas de los devotos.

* *

En íntima relacion con el culto de los dioses estaban los celebrados juegos nacionales olímpicos, Píticos, Nemeos é Istmicos, que en su origen eran festividades religiosas: los dioses en aquellos tiempos daban su sancion á los públicos recreos, y existía estrecha conexion entre el culto comun y las diversiones comunes. Es imposible, sin embargo, determinar el origen minucioso y preciso de tales solemnidades que pertenece á los tiempos antehistóricos. Parece que desde muy antiguo subsistió en Grecia la costumbre de rennirse varios pueblos para celebrar sus festividades religiosas, y naturalmente se habituaron tambien á disfrutar en comun de los recreos y juegos subsiguientes. Así, y segun la Grecia, fué saliendo de la turbulencia de la edad heroica, las fiestas aumentaron su esplendor, y llegaron á constituir los célebres juegos olímpicos, píticos, etc.

Los más antiguos y á la vez los más famosos de esos juegos, fueron los que se celebraban en las llanuras de Olímpia, en el territorio de Hélide, y junto á un templo de Júpiter olímpico. Tenian lugar ca-

da cuatro años, cuyo intervalo se denominaba *Olimpiada*: la primera noticia de una victoria lograda en esos juegos se refiere al año 776 (a. c.) desde el cual empezaron á datar las fechas los historiadores posteriores.

Al principio, las diversiones no duraban sino un solo día, y consistían únicamente en carreras á pié en el estadio; pero sucesivamente se añadieron varios ejercicios de fuerza y habilidad, como luchas, pugilato, carreras de carros y otros, prolongándose tambien la duracion de las fiestas. La direccion de éstas estaba en manos de los Eleáticos, y su territorio se consideraba sagrado mientras se verificaban. El número de espectadores que acudía á ellos era inmenso, y en él entraban diputados ó enviados de los diferentes estados griegos, que rivalizaban mutuamente en el número de sus ofrendas y esplendor de su atavío para sostener el honor de sus respectivas ciudades. El único premio que se daba al que venía en los juegos era una corona de olivo; pero bastante recompensa era para él el que su nombre fuera proclamado ante la Grecia entera reunida y el que se le erigiese una estatua en el bosque sagrado de Júpiter en Olímpia. Además, volvía á su casa en procesion triunfal, y era recompensado por sus compatriotas con distinguidos honores, y algunas veces con beneficios materiales.

Los juegos píticos, segundos en rango despues de los olímpicos, se celebraban en el tercer año de cada olimpiada en la llanura de Ciwha. Los nemeos se verificaban cada dos años, en honor de Júpiter Nemeo, en el valle del mismo nombre; los istmicos los celebraban los corintios, en su propio Istmo de Corinto, en honor de Neptuno. En los juegos píticos, nemeos é istmicos, se añadían certámenes poéticos y musicales á los gimnásticos.

El gran concurso que tales fiestas atraía, facilitaba á los poetas, filósofos, historiadores y artistas los medios de dar á conocer sus obras, y á los mercaderes el de realizar lucrativos negocios.

J. A.

DEL BARÓMETRO.

El Barómetro es un instrumento que sirve para medir el peso del aire. Diremos cómo. Si llenamos de mercurio un tubo que esté cerrado por una de sus extremidades, y vertemos el resto en una vasija pequeña, cuidando de colocar el dedo sobre la abertura del tubo que volveremos en seguida, sumergiendo la

abertura en el mercurio de la vasija pero conservando el dedo puesto siempre en aquélla y teniendo cuidado de sostener el tubo derecho, resultará que si retiramos el dedo el mercurio bajará, deteniéndose despues de haber descendido un poco y quedará suspendido. Esta columna, que permanecerá inmóvil, tendrá cerca de setenta y cinco centímetros de elevacion sobre el nivel del mercurio de la vasija. Si nos encontrásemos á la orilla del mar, tendria setenta y seis centímetros de elevacion.

Si hacemos ahora la misma operacion con agua en otra vasija y en otro tubo que tenga más de un metro de largo, el agua no descenderá y seguirá ocupando toda la extension del tubo. Si hubiésemos empleado en la segunda operacion un tubo bastante largo, un tubo de doce metros, por ejemplo, la columna de agua hubiera descendido desde luego, deteniéndose á los diez metros y veintiseis centímetros por encima del nivel de la vasija. Luego una columna de mercurio de setenta y cinco centímetros pesa tanto como una columna de agua del mismo grueso, pero de diez metros y veintiseis centímetros más larga. Si estas dos columnas se pusieran en los platillos de una balanza, ésta permanecería en equilibrio. Concíbese bien ahora, que puesto que la columna de mercurio, cuando llega á los setenta y cinco centímetros próximamente, no baja más, es preciso que haya una causa cualquiera que gravite sobre la superficie del mercurio de la vasija, y que por su peso, igual al de la columna del tubo, produzca el equilibrio. Pasemos ahora á explicar esta causa.

Se llama atmósfera á la masa de aire que rodea la tierra y que nosotros respiramos. Podemos fácilmente representarnos esta atmósfera como compuesta de columnas que se apoyan sobre la tierra y que se elevan hácia el cielo, y entónces concebiremos que las columnas de aire que se apoyan sobre una montaña sean ménos largas que las que tienen su apoyo en la llanura, y mucho ménos aún que las que caen sobre el mar, estando las aguas de éste más bajas que todas las tierras. A medida que partiendo de las orillas del mar sube uno á las montañas, la columna de mercurio descende más de setenta y seis centímetros. Es, pues, bien claro entónces que la causa que, oprimiéndola, la obliga á permanecer suspendida en el tubo, disminuye de peso á medida que uno se eleva, y esta causa es el aire. Tal vez se nos diga por algunos: concebimos bien que esto deba ser así, cuando se está al aire libre; pero en una habitacion ¿cómo una columna de aire de cuatro metros puede sostener el peso de la columna de mercurio? No es bastante pesada.

Para vencer esta dificultad, que siempre detiene á los que por primera vez se habla del Barómetro, basta un instante de reflexion. Recordemos lo que hemos notado frecuentemente, que los líquidos, por la gran movilidad de sus partes, no ejercen solamente presion

de alto á bajo, sino tambien de lado y en todos sentidos. Sabemos que si se hace una abertura en un vaso que contiene un líquido, éste se escapa al momento. Los fluidos tienen la misma propiedad, siendo sus partes más movibles que los de los líquidos. El aire de una habitacion está oprimido por el peso del aire exterior, con el cual se comunica por las junturas de las puertas, de las ventanas y de la chimenea. Así, la columna de aire que oprime á la columna del mercurio en el tubo anteriormente mencionado, tiene el mismo peso que si se prolongase en línea recta hasta las extremidades de la atmósfera. Pero podrá decirse: ¿y si todas las rendijas de la habitacion estuviesen perfectamente tapadas? Entónces las cosas pasarían de la misma manera, pues preciso es suponer que en el momento en que cierta masa de aire hubiera sido encerrada en la habitacion, estaba comprimida por el peso de la atmósfera, porque es claro entónces que habria sido sorprendida exactamente en el estado en que se encontraba antes de ser secuestrada, y habria así conservado la misma elasticidad, la misma fuerza, y por consiguiente, la misma presion y el mismo peso que cuando estaba en comunicacion con el aire exterior. Queda, pues, perfectamente probado que es el aire el que sostiene por su peso el mercurio. Volvamos ahora al Barómetro. Ya hemos dicho que este es un instrumento que sirve para medir el peso del aire; pues bien, el tubo de que hemos hablado y en el que el mercurio permanece suspendido, es un Barómetro. No falta más que sujetar el tubo y la vasija á una tabla, sobre la cual se trazan las líneas que sirven para dar á conocer la longitud de la columna. El objeto principal de este instrumento no es el anunciar el bueno ó el mal tiempo; puede, sin embargo, dar algunas indicaciones sobre las variaciones del tiempo del modo que vamos á manifestar.

La longitud de la columna barométrica varía con frecuencia, sin que haya cambiado de sitio el instrumento. A la aproximacion del mal tiempo, el aire contiene mucho vapor de agua, y éste es ménos pesado que el aire, en donde está repartido. Pesan lo entónces ménos las columnas de aire, la del Barómetro debe bajar, mientras que debe subir á la aproximacion del buen tiempo, porque el aire, desembarazado de la humedad, viene á ser más denso. Esto es, en efecto, lo que sucede generalmente; pero como los cambios del estado de la atmósfera dependen de una infinidad de causas, todavía poco conocidas, sucede algunas veces que las predicciones del Barómetro no se realizan.

Este instrumento tiene otro destino mucho más útil que el de anunciarnos la lluvia y el buen tiempo. Sabemos que la columna del Barómetro se acorta á medida que uno se eleva, porque las columnas de aire, disminuyendo en longitud, disminuyen tambien de peso. Las variaciones del Barómetro, al dar la medida del peso del aire, dan con esto tambien la medida de las alturas; y hoy día este instrumento es casi

el único que se usa para apreciar la elevacion de las altas montañas con relacion al nivel del mar, y este medio es más seguro, más pronto, y, sobre todo, más cómodo que los que se empleaban anteriormente. Nótese que se debe entonces tener en cuenta la dilatacion del aire, que va aumentándose á medida que es mayor la elevacion en que uno se encuentre, porque las capas inferiores, soportando todo el peso de la atmósfera, están sucesivamente más condensadas. Se debe tambien tener en consideracion la temperatura de la columna del mercurio, que va siempre disminuyendo á medida que se aproxima á las capas superiores del aire, que están cada vez más frias. Todo esto exige cálculos de que no nos es posible dar ahora una idea.

Un Barómetro como el que hemos descrito no podría ser trasportado cómodamente en los viajes. Se construyen de una forma muy á propósito para este uso. La extremidad inferior del tubo está encorvada y termina en un cilindro hueco, que sirve de vasija y que está en parte lleno de mercurio. Esta extremidad inferior está cerrada como la otra; pero se practica en un lado de ella un pequeño agujero, fino como un cabello, que baste para dar paso al aire exterior, pero á través del cual no puedan pasar la partes más delicadas del mercurio. Se puede entonces mover el Barómetro y áun volverle sin inconveniente. Se engasta en la armadura un pequeño termómetro, y el instrumento entero puede encerrarse en una caña y ser trasportado con facilidad.

C. DE EGUILAZ.

COSMOGRAFÍA.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

El Sol.

Visto el Sol á la inmensa distancia que de él nos separa, parece su disco tan pequeño como el de nuestro satélite. Observando su aparicion, ascenso por la celeste bóveda y desaparicion por Occidente, nada más natural que dar entero crédito á la teoria de Ptolomeo, ya explicada en nuestro anterior artículo; pero dejándonos llevar de lo que nos dicen los sentidos, nos expondríamos á creer, como los antiguos, que la magnitud real del astro del día es la que aparentemente nos presenta y á sentar como ellos el absurdo principio de que la tierra está fija en el centro del universo, fundados sólo en que no la sentimos mover-

se bajo nuestras plantas. No; Copérnico, descorriendo con mano atrevida el velo que ocultaba los secretos de la astronomía, tendió su límpida mirada por el inmenso abismo del espacio y sorprendió á la humanidad con su sistema, hoy seguido sin otras alteraciones que las meramente accidentales producidas por los descubrimientos posteriores.

El astrónomo prusiano no pudo verlo y decirlo todo.

Dijo que estaba el Sol fijo en el centro del universo.

Fijo está efectivamente con relacion á nuestro globo y á los demás que en torno de su brillante disco giran incesantemente; pero asegurar en absoluto su inmovilidad, era ir demasiado lejos.

Jordan Bruno, napolitano, que dió á luz en 1591 un tratado sobre el universo, sospechó que el Sol podría estar dotado, lo mismo que los planetas y satélites, de un movimiento de rotacion sobre sí mismo como sobre un eje, y poco despues, en 1611, Juan Fabricio pudo, como consecuencia de sus observaciones acerca de la aparicion y desaparicion de las manchas descubiertas en la superficie solar, confirmar la sospecha del docto Jordan Bruno. Este movimiento de rotacion se verifica en venticinco dias próximamente. No necesita ménos tiempo para tal movimiento un globo, cuyo volúmen es 1.400 veces mayor que el del planeta que habitamos.

Herschell ha demostrado además, y este solo descubrimiento bastaría para inmortalizar su nombre, que el Sol está dotado tambien de un movimiento de traslacion en el cual arrastra su cortejo de planetas y satélites hácia la costelacion de Hércules.

Acaso las estrellas todas giran en torno de un centro comun perdido en la inmensidad. Acaso el mundo entero, esto es, la totalidad de los cuerpos celestes, no constituye otra cosa que un sólo sistema planetario, con soles por planetas, con planetas por satélites; y nada se nos figura más natural, en atencion á que un planeta rodeado de satélites viene á ser lo que el Sol en medio de sus astros, que en torno del Sol se agitan los planetas con sus lunas, y que siguiendo esta ley, un sistema planetario puede muy bien ser considerado como un simple cuerpo que en compañía de otros de su misma clase rueda constantemente, Dios sabe alrededor de qué punto del espacio.

El diámetro del Sol, ó lo que es lo mismo, la línea que pasando por su centro termina en sus polos, es de 320.000 leguas, y de 37.500.000 la distancia media á que del mismo astro nos hallamos.

Digamos algo ahora acerca de la naturaleza del cuerpo celeste de que nos venimos ocupando.

Los antiguos creyeron, dejándose llevar de la aparicion, que el Sol era un cuerpo incandescente que lanzaba por todos los puntos de su superficie sus rayos luminosos con una rapidéz inconcebible. En este

caso, lo más lógico es creer que esas grandes manchas oscuras que han servido para probar el movimiento de rotación del Sol, son los efectos de una solidificación lenta y gradual que se va operando en su fundida masa.

En la actualidad siguen algunos la opinión que acabamos de admitir. Hay muchos también que sostienen que el espacio está lleno de una sustancia llamada éter que mediante vibraciones rapidísimas produce en el órgano de la vista el fenómeno de la luz, del mismo modo que las vibraciones del aire producen en el órgano de la audición el fenómeno del sonido. El Sol, según estos, es un cuerpo opaco.

Otros consideran el Sol como formado por un núcleo sólido, rodeado por una atmósfera luminosa solamente en su parte exterior llamada fotosfera. No nos consideramos con la autoridad necesaria para fallar en la cuestión expuesta; pero nos creemos obligados a emitir nuestra opinión, y vamos a hacerlo, sin que esto sea tratar de imponerla, pues en puntos tan dudosos como este, sólo después de largas experiencias y profundas discusiones se puede llegar a resolver.

No estamos conformes con los que sostienen la teoría de las vibraciones de esa sustancia tenuísima que según ellos produce la luz, pues de ser esto cierto no aparecería y desaparecería aquella con el mismo Sol, sino que viviríamos en un perpétuo día, sin cambio alguno tampoco de estaciones.

No estamos conformes con los que afirman que el Sol está compuesto de un núcleo sólido y opaco, y que la luz proviene de lo que denominan la fotosfera, porque existiendo las marchas desasbiertas en la parte sólida, que es la interior, no influiría su presentación en la disminución de luz y calorífico de que siempre viene acompañada.

Nosotros, que observamos en la Luna un cuerpo helado, en cuyo seno hierve acaso todavía una masa ligera que poco a poco se va solidificando por un enfriamiento constante; nosotros, que sentimos bajo nuestras plantas los sacudimientos del inmenso volcán que forma el corazón del planeta; nosotros, que creemos por la gran analogía que hay entre todos los astros, que una misma ley ha presidido á su formación, estamos solamente del lado de aquellos que miran en el Sol un astro en ignición, cuya superficie va enfriándose gradualmente.

La historia del astro que nos ocupa tiene íntima relación con las preocupaciones cosmogónicas de los pueblos todos. No hay ni ha existido una nación que no se haya prosternado ante el lumínar del día como ante un Dios.

Hoy, más instruidos por la ciencia y por la fé, vemos sólo en el Sol una prueba del poder divino, un diamante caído al espacio de la corona del Omnipotente.

EDUARDO RUIZ Y GARCÍA.

DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA.

Don Diego Velazquez de Silva era de origen portugués y nació en Sevilla; algunos biógrafos señalan la época de su nacimiento en el año 1599 y otros en el 1594. Recibió una educación esmerada que le facilitó el seguir más de una carrera brillante; pero la afición á la pintura se había desarrollado en él de tal modo, que apenas terminó sus estudios literarios y filosóficos, se dedicó por entero á aquel arte. Sus padres, lejos de contrariar estas disposiciones, las favorecieron por completo. Fué al principio discípulo de Francisco Herrera, llamado *El Viejo*, á quien dejó para seguir las lecciones de Francisco Pacheco, siendo después, al parecer, imitador de Luis Triстан. Esta vacilación no duró mucho tiempo; los artistas comunes son los que únicamente pueden acomodarse á una marcha servil, sin comprender que la naturaleza es el mejor y el más bello de los modelos. A fin de llegar á poseer ésta, por decirlo así, el joven Velazquez adoptó el método más fecundo en grandes resultados, el de copiar todo lo que veía, animales, peces, reptiles, frutas, flores, legumbres, todo, en fin. Familiarizándose así con las líneas que figuran objetos tan diferentes entre sí, no hay dificultades que el dibujante no pueda dominar fácilmente.

Durante los primeros años, las escenas de la vida común formaron exclusivamente los asuntos de los cuadros de Velazquez. Prefiero, decía, ser el primero en este género modesto, que el segundo en otro más elevado. Pero no bien hubo visto las pinturas del Ticiano, cuando una noble emulación se apoderó de su alma, y se dedicó resueltamente al retrato y á la historia.

Cuando vino á Madrid en 1622, su talento, que estaba ya casi en todo su esplendor, se fortificó todavía más con las obras de los grandes maestros que enriquecían las colecciones reales de Madrid, el Pardo y el Escorial. Felipe IV no tardó en nombrarle su primer pintor, y después le concedió la llave de oro y le dió un puesto importante en palacio. Velazquez pasó después á Italia, en donde comenzó nuevos estudios, y el Ticiano vino á ser entonces el objeto casi exclusivo de su admiración. Velazquez no sacó, sin embargo, todo el partido que se esperaba de su viaje. En 1648 fué comisionado para adquirir para el rey de España muchos cuadros de los primeros maestros, destinados á formar una colección de modelos para la Academia que se pensaba establecer en Madrid. Esta excursión fué casi un triunfo para el pintor español. La Academia de pintura de Roma le admitió con orgullo en el número de sus miembros, y á su vuelta, Felipe IV le distinguió como nunca con su favor. En 1650, queriendo darle una prueba señalada de su afecto y estimación, le concedió carta de noble-

za. Velazquez fué quien, en virtud del cargo que desempeñaba en palacio, arregló la ceremonia y las fiestas de que fué teatro la Isla de los Faisanes cuando tuvo lugar la entrevista de Felipe IV y de Luis XIV.

Velazquez era digno de todos estos honores, y mereció la reputacion de que gozaba. ¡Qué verdad y qué inteligencia en el claro oscuro de todas sus obras! ¡Qué perfectamente entendido el efecto del ambiente, interpuesto entre los objetos para hacer conocer las distancias! ¡Qué escuela para los artistas que quieran estudiar en los cuadros de este maestro el método que siguió para alcanzar una imitacion tan sorprendente de la naturaleza!

Velazquez es ménos notable por el dibujo que por el colorido, y bajo este último punto de vista, lo que más se admira en él es un vigor extraordinario. No tiene la exquisita figura del Ticiano, pero sobrepaja á este pintor en el claro oscuro y en la perspectiva aérea. El cuadro de *Los Borrachos*, cuyo original se halla en el Museo de Pinturas de Madrid, que tiene riquezas de casi todas las escuelas, dá una idea del mérito de Velazquez. Asimismo merecen citarse muy especialmente el cuadro de *Las Lanzas*, el llamado de *Las Meninas*, *El Aguador*, *Las Fraguas de Vulcano* y *Las Hilanderas*.

Velazquez murió en Madrid en 1660.

EMILIO AGUILERA.

ALEJANDRO EN SUS PRIMEROS AÑOS.

Alejandro fué dedicado á los estudios desde sus más tiernos años. Apenas nació, cuando *Philipo*, su padre, llamó á *Aristóteles* para que fuese su preceptor. Hé aquí la carta que aquel príncipe escribió á este gran filósofo, suplicándole que se encargase de tan importante funcion:

«Sabreis, mi querido Aristóteles, que acabo de tener un hijo. Yo doy gracias á los dioses, no sólo por habermele dado, sino porque ha sido en nuestro tiempo.

Los cuidados que tomareis en su educacion me responden de que saldrá de vuestra escuela digno de vos y de mí; y yo espero que será capaz de gobernar un día el reino de Macedonia.»

Philipo pudo jactarse de esta sábia prevision; la infancia de *Alejandro* es un modelo actividad para el estudio y de aplicacion y progreso en las diferentes ciencias que le enseñaron *Aristóteles*, *Lysimaco* y *Leónidas*. Apenas dejó los brazos de

su nodriza, aquel ardiente génio dió muestras de un señalado deseo de instruirse. Los juegos que divertian á los otros niños, no le fijaban más que un momento. Era preciso que le contasen ó le leyesen alguna historia heroica; siempre se ocupaba de cosas interesantes con su preceptor.

No contento con dedicarse al estudio durante el día, Alejandro, de edad de diez años, robaba al descanso algun tiempo á fin de aprender más. En vano se le decía que para la conservacion de sus fuerzas y de su salud, era necesario que no trabajase de noche, porque seguía haciendo lo mismo.

Cuando iba á acostarse tenía gran cuidado de llevar su libro y cuadernos para preparar las lecciones del día siguiente. Temiendo dormirse, tenía, á semejanza de su maestro *Aristóteles*, una bola de plata suspendida encima de un vaso del mismo metal, y cuando el sueño le rendía, resbalándose la bola de su mano y cayendo con gran ruido en el vaso sonoro, le sacaba de repente de su sopor involuntario. Si entonces la tarea que se había impuesto no estaba concluida, se ponía de nuevo al trabajo hasta que la terminaba.

Una asiduidad y una aplicacion tan sostenidas produjeron en este niño, dice Plutarco, dos efectos principales que se alcanzan con los estudios; la moderacion de las pasiones, que eran violentas en este jóven príncipe, y una profunda erudicion. En efecto, si él hubiese querido tomar la pluma en lugar de la espada, hubiera adquirido un nombre tan famoso entre los escritores como el que adquirió entre los conquistadores.

P. la T.

R. O'FELAN.

PENSAMIENTOS.

La tierra que no es labrada, aunque sea fértil, llevará abrojos y espinas; así el entendimiento humano. —SANTA TERESA.

La adulacion, fuera de ser mentira, es muy pernicioso: es la que emalta los vicios y los hace preciosos. —SAAVEDRA FALGADO.

Ofrecimientos es la moneda que corre en este siglo; hojas por frutos llevan ya los árboles; palabras por obras los hombres. —ANTONIO PEREZ.

Haz gala de la humildad de tu linaje. Del concierto saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey.—CERVANTES.

El huir de los vicios es discrecion, vencerlos fortaleza; despreciarlos, coronada victoria.—GRANADA.

Los pasos de los conquistadores se señalan siempre en la tierra con la desolacion y con la sangre; los de los legisladores y administradores benéficos, con la prosperidad, con la abundancia y con las luces.—QUINTANA.

PROBLEMA.

Hércules vino á visitar á Augéo,
Que era muy opulento.
Y teniendo deseo
De robarle sus vacas ciento á ciento,
Pregunta con cuidado
El número y lugar de su ganado.
—Yo, señor, dice el venerable anciano,
Brevemente respondo:
Que en aquel rico llano,
Cuya orla es oro y esmeralda el fondo,
A la márgen de Alfeo
La mitad de mis vacas pacer veo;
La octava parte de Saturno el monte
Turba con sus bramidos;
Y en distante horizonte
La duodécima tiene destruidos
Los valles, que es muy fiera
En el monte, en el prado, en la ribera;
La vigésima parte
En Elide segura se apacienta;
De Arcadia ya se aparta
La trigésima; y corren por mi cuenta
Cincuenta, cuyas voces
Hoy son suaves y mañana atroces.
Mover la clava, pero no la pluma,
Sabe el hijo de Alcmena,
Y así se queda sin saber la suma
Del ganado, que en los montes suena;
Tú que eres más esperto
El número descubre que he encubierto.

(Cuestiones aritméticas, por el Obispo Caramuel.)

EJEMPLOS.

La adulacion es servil; pero una alabanza delicada puede ser útil: por ejemplo, la que usó un mercader de joyas. Habia éste comprado en trescientas mil libras la perla llamada *Peregrina*. Presentóse este mercader á Felipe II, el cual dijo:

—¿Cómo has dado tanto dinero por una perla?

Yo pensaba, respondió el vendedor, que habia en el mundo un rey de España que me la compraria.

El monarca, lisonjeado con esta respuesta, mandó entregar al mercader cuatrocientas mil libras; y *la Peregrina* pasó á adornar la corona de los reyes españoles.

Si alguna vez os veis en la precision de corregir á un superior, hacedlo con suficiente política para no herir su amor propio; así lo hizo el poeta Malherbe con Enrique IV.

Habiendo dicho este monarca *un cuchara de plata*, todos los cortesanos se miraron: el rey consultó á Malherbe, preguntándole si *cuchara* era masculino.

Ese nombre, respondió el poeta, será femenino: hasta que V. M. haga un edicto que mande, bajo pena de la vida, que se vuelva masculino.

Enrique IV se sonrió de esta chistosa idea, y el poeta se alegró de que al rey no le disgustasen las verdades.

E.

RESOLUCION DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Es lo mismo que hallar dos números tales que si del mayor se quitan tres y se añaden al menor, queden iguales; y si del menor se quitan tres y se añaden al mayor, resulte el duplo de lo que queda del menor.

Si llamamos al número mayor x y z al menor, tendremos planteada la cuestion en las dos ecuaciones siguientes:

$$x-3=z+3$$

$$x+3=2(z-3)$$

Que despejando x en la primera tendremos: $x=z+3+3=z+6$, cuyo valor sustituido en la segunda dará: $z+6+3=2z-6$; de donde sacaremos: $z-2z=-6-6-3=-15$ ó $z=15$, cuyo valor sustituido en el de x dá: $x=z+6=15+6=21$.

Luego las Galatéas eran 21 y las Napéas 15.

En efecto; si de las Galatéas pasan tres á las Napéas, quedarán aquéllas en 18 y éstas se convertirán en 18, como indicaba la cuestion, y si de las Napéas van 3 á las Galatéas, estas se convertirán en 24 y aquéllas quedarán en 12, que es la mitad de 24.

MADRID: 1862.

IMPRESA DE G. NAVARRO Y M. PELAEZ.

Juan de Dios, número 1, principal.